

Cuadernos del Sur

Año 20 - N° 37

Mayo de 2004

www.cuadernosdelsur.org.ar

Tierra  fuego
del

El imperio capitalista y el Estado-nación: ¿Un nuevo imperialismo norteamericano?*

Ellen Meiksins Wood**

Antes de la última guerra en Irak, cualquiera que acusara a los Estados Unidos de imperialismo era probable que se encontrara con la objeción de que los EE.UU. no ocupan ningún territorio colonial en ningún lugar del mundo. Ahora que es muy visible en la ocupación de Irak, todo parece haber cambiado de la noche a la mañana.

Usted podría decir que la ocupación de Irak representa un enorme alejamiento de EE.UU. respecto de su política exterior desde la segunda guerra mundial –y muchos críticos sólo han dicho eso. Estados Unidos realmente parece, en su rostro, estar retrocediendo a una forma anterior de dominación colonial directa. Realmente parece estar rompiendo con el patrón de evitar enredos coloniales que generalmente ha preferido.

Aún si tomamos en cuenta los despliegues más ofensivos del imperialismo de los Estados Unidos en el pasado medio siglo, todas las guerras locales del Tercer Mundo en las que estuvo involucrado, todos sus esfuerzos clandestinos, y no tan clandestinos, para cambiar regímenes en América latina y otras partes, es cierto, en general, que el modo de imperialismo de los EE.UU. no ha sido el del viejo tipo colonial; y lo que Bush está haciendo ahora ciertamente parece un quiebre importante con el pasado de posguerra.

Pero no estoy absolutamente segura de eso. Realmente no quiero negar que Bush y cía. han llevado las cosas a extremos insanos, que es probable

* Título original "Capitalist empire and the nation-state", en *Against the Current* Vol. XVIII, Nro. 6, septiembre-octubre de 2003. Traducción de Victoria Rouge (revisada por Alberto Bonnet).

** Filósofa política norteamericana, ex profesora de la Universidad de York (Canadá). Escribió *Democracia contra capitalismo* (edición en inglés 1995, edición en castellano por Siglo XXI, 2000), *Rising from the Ashes* (1999), *The origin of Capitalism* (2002), *The Empire of Capitalism* (2003).

que lleven a la auto-derrota, especialmente porque Bush está socavando una de las fortalezas del imperialismo de EE.UU., la contención que tiene de sus aliados.

Los extremistas de derecha del régimen de Bush ciertamente están empleando el poder militar de EE.UU. de una manera nueva, excesiva, que ya está demostrando ser insostenible. Pero no estoy segura de que Bush represente un quiebre tan grande, por dos razones principales.

Una de las razones es que pienso que incluso Bush, y tal vez incluso los fanáticos derechistas guiados por la ideología que los rodea, preferirían quedarse fuera de enredos coloniales y volver a un imperialismo no-colonial. Digo esto no porque piense que estos muchachos tengan una chispa de decencia o algún compromiso residual con la democracia —la propia idea es ridícula.

El punto es simplemente que el imperialismo no-colonial es mucho menos riesgoso y costoso, y mucho más lucrativo. Si los Estados Unidos pueden usar su poder económico masivo, respaldado por la amenaza de su avasallante superioridad militar, para comandar la economía mundial, ¿por qué querría empantanarse en la dominación colonial?

Lo que estuvo sucediendo en Irak quizás compruebe el punto. El desastre que estuvieron haciendo los Estados Unidos con la ocupación puede confirmar simplemente que la ocupación a largo plazo no era realmente lo que tenían en mente.

Como estuvo diciendo mucha gente, la administración Bush estaba planeando que podría solamente decapitar el régimen y dejar el Estado iraquí básicamente intacto, pero con un liderazgo más sumiso y menos espinoso, y con las compañías norteamericanas bien atrincheradas en la economía. Esa es seguramente la estrategia preferida, aún cuando las aventuras imperialistas como estas tienen una posibilidad de ir mal y de crear sus propios imperativos.

Mi segunda razón para rechazar la idea que el régimen de Bush representa un quiebre con la anterior política exterior norteamericana es que no hay manera de entender lo que está haciendo, a no ser en el contexto de lo que sucedió antes. El punto más obvio es que Bush no podría hacer lo que está haciendo si los Estados Unidos no hubieran estado construyendo su poderío militar masivo durante décadas, con la intención explícita de convertirse de lejos en la fuerza militar más poderosa del mundo.

De hecho es verdad que la administración Bush ha sido notablemente abierta sobre sus intenciones de ejercer una hegemonía global absoluta. Incluso ha producido documentos diciéndolo con todas las letras, en parti-

cular, el documento de estrategia de seguridad publicado en septiembre del 2002. Ese documento deja en claro, sin ambigüedades, que el objeto es tener un poderío militar tan superior al de los otros que ningún Estado, enemigo o amigo, sueñe con desafiar a los Estados Unidos como potencia global o incluso regional.

¿Pero cuán diferente es esto de lo que pasaba antes? Otras administraciones pueden no haber sido tan claras y explícitas sobre esto. Pero el proyecto de Bush sería una ilusión si los Estados Unidos no hubieran creado una fuerza militar que, según algunas mediciones, es mayor y más poderosa que la de todos los demás juntos.

Esta fuerza no es solamente mayor y más poderosa que cualquier enemigo concebible, o incluso que todos los enemigos combinados, sino –y esto puede ser todavía más importante– mayor y más poderosa que todos sus competidores amigos, por separado o todos juntos. El punto es que esta fuerza militar masiva no ha sido construida en un momento de descuido, y Bush no está desplegando el poderío militar norteamericano simplemente porque está ahí. Este es un asunto de política y lo ha sido por mucho tiempo.

Las políticas de Bush son ciertamente extremas y temerarias, pero seguramente podemos ver sus raíces en lo que las precedió. Seguramente podemos ver su conexión con el patrón de política norteamericana de hace al menos medio siglo, desde que los Estados Unidos se embarcaron en su proyecto de hegemonía global de dos caras a fines de la Segunda Guerra Mundial, cuando el sistema de Bretton Woods estableció efectivamente su hegemonía económica y su supremacía militar fue exhibida con las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki.

Diría de inmediato que no pienso que sea suficiente atribuir todo esto a las relaciones de EE.UU. con la Unión Soviética. No creo que sea suficiente decir que los Estados Unidos construyeron su poderío militar simplemente para contener a la Unión Soviética y mantener su posición en el mundo bipolar que se desarrolló como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial.

A primera vista, se podría pensar que esto es lo que cualquier potencia imperial trataría de hacer. ¿No es evidente que cualquier potencia imperial trataría de alcanzar superioridad militar sobre cualquier potencial rival?

Para contestar esta pregunta, obviamente tenemos que conocer algo de la naturaleza específica del poder capitalista. Sabemos, primero, cómo opera al nivel de explotación de clase. El capital puede explotar al trabajo sin esgrimir directamente lo que Marx llamaba la “fuerza extra-económica” –por

ejemplo, del tipo de los poderes militar, político y judicial que constituían el poder de explotación económica de los señores feudales.

En el capitalismo, son imperativos económicos, las compulsiones de los desposeídos, los que fuerzan a los trabajadores a vender su fuerza de trabajo por un salario y permiten al capital ejercer poder sobre ellos. El modo de explotación capitalista no opera a través del poder de la coerción directa sino a través del medio económico del mercado.

Obviamente, hay un montón de coerción en los lugares de trabajo, pero la característica distintiva de la dominación capitalista es el poder ejercido no directamente por los amos sino por los mercados; y lo que lo hace posible es la dependencia de los productores directos respecto del mercado.

Entonces, esa es la naturaleza específica de la dominación de clases en el capitalismo, que la diferencia de otras formas. Y hay una diferencia análoga entre el capitalismo imperialista y las formas precapitalistas. El imperialismo precapitalista, para simplificarlo, era el ejercicio directo de la fuerza coercitiva para capturar territorio, para extraer trabajo o recursos de pueblos sometidos, o para tomar el control de rutas comerciales.

El Imperio Romano era una simple operación de anexión de tierras, principalmente en interés de una oligarquía terrateniente. El Imperio Español creó una nueva oligarquía de conquistadores que explotaba el trabajo indígena en Sudamérica, mientras que la economía en España dependía cada vez más del oro y la plata extraídos de las colonias. Los imperios comerciales como el Imperio Musulmán Árabe, los imperios Veneciano y Holandés, usaron su poder para controlar las rutas comerciales o para imponer monopolios. Y así sucesivamente.

Ciertamente no estoy sugiriendo que los poderes capitalistas no estuvieran profundamente involucrados en este tipo de imperialismo. El Imperio Británico hizo todas las cosas que acabo de mencionar y más. El punto es, sin embargo, que el capitalismo ha creado su propia forma distintiva de hegemonía imperial, que nunca había sido posible antes.

Como la explotación de clase capitalista, esta forma capitalista del imperialismo descansa no tanto en la coerción directa como en la dependencia de los actores económicos respecto del mercado y en la capacidad del poder imperial de manipular los mercados.

Ciertamente es verdad que las economías subordinadas tienen que ser convertidas en dependientes del mercado, así como los productores independientes tenían que ser convertidos en dependientes del mercado a través de la expropiación para producir una clase trabajadora capitalista. Y la transformación a la dependencia del mercado ha sido frecuentemente un

asunto sangriento —aunque hoy tenemos algo llamado “ajuste estructural”.

Pero una vez que la transformación es alcanzada, buena parte del trabajo del imperialismo puede ser realizado por las operaciones del mercado, a través del control de los sistemas financieros, la deuda, y demás. Y en balance, cualquier economía capitalista lo suficientemente dominante para hacer su trabajo imperial de esa manera preferirá esta modalidad económica de dominación imperial —como ha hecho generalmente Estados Unidos— antes que la costosa y peligrosa práctica de dominación colonial directa.

Es cierto que ha llevado un muy largo tiempo perfeccionar esta clase de imperio. Los británicos nunca pudieron llegar a manejarlo. Pero los Estados Unidos lo han hecho, al menos desde la Segunda Guerra Mundial. Pero aquí tenemos un problema.

El capitalismo crea un tipo de relación peculiar entre el poder político y el económico. En cierto sentido el capitalismo es el único sistema del que puede decirse que tiene poder económico distinto y separado del político o militar.

Obviamente esto no significa que otras formas sociales no fueran modeladas decisivamente por sus condiciones materiales de existencia y reproducción social. Lo que quiero decir es que el capitalismo es el único sistema del que se puede decir que tiene una “esfera” económica distintiva, el único sistema en el que hay imperativos puramente económicos, los imperativos del mercado, los imperativos de la competencia y la maximización de beneficios, y demás.

Esto también significa que el capitalismo es la única formación social que puede permitir sistemáticamente que el poder de la explotación y la acumulación sobrepasen por mucho la extensión de la dominación política o militar directa. En formaciones no capitalistas, sin importar cuánto excedente produzcan los productores directos, la capacidad de explotar a las clases para apropiarse de ese excedente no puede sobrepasar sus poderes extra-económicos, por ejemplo, sus poderes políticos, judiciales o militares. El poder de la clase capitalista no está limitado de esa manera, y lo mismo sucede con el imperialismo capitalista.

Pero el capitalismo no puede existir sin el respaldo del poder extra-económico, aún si ese poder es esgrimido por separado del capital mismo. La capacidad del capital para imponer su poder económico a tan amplia escala depende de su capacidad para apartarse de las limitaciones de la dominación militar y política. Pero todavía necesita la ayuda de los poderes políticos y militares, para mantener el orden social y crear condiciones de acumulación de capital.

De hecho, el capitalismo más que cualquier otra formación social nece-

sita un orden legal, político y administrativo elaborado, estable y predecible. El hecho de que el capital prospera apartándose del poder extra-económico significa que tiene que apoyarse en poderes políticos y militares externos a él para proveer ese orden. Sobre todo, tiene que apoyarse en un poder estatal separado.

Para decirlo de otra manera, las mismas características que permiten al capital extender su poder económico son las que lo hacen dependiente de algo como el Estado moderno.

Ahora, en estos días, nos dicen regularmente que la llamada “globalización” está haciendo al Estado-nación irrelevante. También se habla mucho del llamado “gobierno global”. El supuesto parece ser que la relación entre la economía y el Estado es una muy simple y mecánica relación entre base y superestructura: una economía global necesariamente significa un gobierno global, si no un Estado global.

Por supuesto, estas teorías reconocen que las formas políticas han sido lentas en ponerse a la par de la economía global. Pero el argumento parece ser que, al menos, hay una relación inversa entre el alcance geográfico del poder económico y la importancia del Estado-nación o cualquier tipo de Estado territorial.

Esta no es una afirmación hecha sólo por los teóricos convencionales de la globalización. Es también la raíz de la teoría de “imperio”, actualmente más de moda, a partir del libro de ese nombre de Michael Hardt y Antonio Negri. Todo su argumento se basa en la premisa que la expansión global del capital significa el desarrollo de un nuevo tipo de soberanía.

“Nuestra hipótesis básica”, dicen Hardt y Negri en su libro, “es que la soberanía ha tomado una nueva forma, compuesta de una serie de organismos nacionales y supranacionales bajo una sola lógica de dominación. Esta nueva forma global de soberanía es lo que llamamos Imperio.” (*Empire*, p. xii)

Su síntoma primario es “la declinante soberanía de los Estados-nación y su creciente incapacidad para regular los intercambios económicos y culturales...” Y aquí está la parte importante: “en este espacio uniforme del Imperio, hay un *no-lugar* de poder —está en todas partes y en ningún lado. El Imperio es una *ou-topía*, o realmente un *no-lugar*” (p. 190).

Volveré más tarde sobre las implicaciones políticas de ese argumento. Por ahora, sólo quiero insistir en que esta noción de la relación entre el poder económico y el político en el capitalismo global simplemente está mal.

El capital no depende menos de los Estados territoriales de lo que lo hizo siempre. En algunas formas, es todavía más dependiente, y ciertamente el

mundo es más que antes un mundo de Estados nacionales. El capitalismo no inventó a los Estados-nación, pero no es accidental, como dicen, que el periodo que ha visto extenderse a los imperativos capitalistas por el mundo ha sido también el periodo en el cual los Estados-nación se han convertido más o menos en la forma política universal.

Lo que estoy diciendo es que el orden legal, político y administrativo que necesita el capital simplemente no puede coincidir con la extensión del poder económico capitalista, y no me puedo imaginar un día en que coincida.

Sin duda es verdad que el Estado-nación está teniendo que responder a las demandas del capital global. Y sin duda es verdad que ciertos principios sociales, legales y administrativos se han internacionalizado para facilitar los movimientos del capital a través de las fronteras nacionales.

También es cierto que hay ciertas organizaciones internacionales que hacen el trabajo del capital global. Si esto es a lo que la gente se refiere cuando habla de la “internacionalización” del Estado, no tengo objeciones. Pero afrontémoslo: los principales instrumentos de gobierno global siguen siendo, sobre todo, los Estados-nación.

Así que necesitamos ser muy claros sobre la continuidad y la importancia crítica de los Estados territoriales para el sistema capitalista. Aún si no estuviéramos viviendo en un mundo de desarrollo desigual, es difícil –de hecho imposible– imaginar algo remotamente similar a una organización global del orden finamente sintonizado que necesita el capital.

Pero, por supuesto, vivimos en un mundo de desarrollo desigual. Y aquí hay otra razón para la coexistencia de una economía global con un sistema fragmentado de Estados locales: nos dicen rutinariamente que la llamada globalización significa una economía integrada, pero no es así.

El punto básico es que el capital global se beneficia de lo que nosotros llamamos globalización, pero lo que no hace y no puede hacer es *organizar* la globalización. Algunos investigadores han demostrado que las corporaciones globales no pueden organizar sus propias operaciones internacionales, ni hablar de la economía global. En cualquier caso necesitan Estados que organicen el mundo para ellas, y cuanto más global se convirtió la economía, más circuitos económicos fueron organizados por relaciones estatales e interestatales. Son los Estados, no las organizaciones internacionales como el FMI o la OMC, los que son indispensables para el capital global.

Lo que quiere decir todo esto es que la relación entre el poder económico y político en el capitalismo, entre el capital y el Estado, no es sólo una simple relación mecánica de una superestructura reflejando a una base. Es una relación de contradicción. Y sólo ahora estamos empezando a ver las

implicaciones de esa contradicción.

En la medida en que hubo una conexión más o menos clara entre las economías nacionales y los Estados-nación, esa contradicción, o potencial contradicción, era más o menos manejable. Pero ahora la desconexión se está volviendo muy visible.

De nuevo, el punto no es que el capital haya escapado a los límites del Estado-nación haciéndolo irrelevante. Si realmente fuera verdad que el capital global crea necesariamente un Estado global correspondiente, no estaríamos hablando de contradicciones. Pero si el capital global realmente necesita Estados territoriales -como insisto en que necesita- entonces realmente hay un problema.

Lo que estoy diciendo aquí es que el nuevo imperialismo, el imperialismo de los Estados Unidos de hoy, es un asunto complicado y contradictorio. Su esencia es un orden económico global administrado por un sistema de múltiples Estados locales. Y no hace falta demasiada imaginación para ver que esta puede ser la fuente de severas inestabilidades y peligros para el dominio del capital global.

No deberíamos sorprendernos de que la hegemonía imperial de hoy se sienta compelida a confrontar la contradicción tratando de controlar el sistema de múltiples Estados. Ni nos debería sorprender que la fuerza militar juegue una función clave en este intento.

Pero es allí donde empiezan a emerger problemas serios en esta estrategia imperial. En los días del imperialismo clásico solía ser bastante claro para qué era esa fuerza militar. Después de todo, no hay nada misterioso acerca de la función de la guerra en la conquista de colonias o en las rivalidades interimperialistas sobre territorios coloniales.

¿Pero qué es, precisamente, lo que la fuerza militar tiene que hacer en el nuevo imperialismo? ¿Cuál es, exactamente, su función en el mantenimiento de la hegemonía del capital global?

El problema más elemental es que incluso una fuerza militar tan poderosa como los Estados Unidos no puede estar activa en todas partes todo el tiempo; y, en cualquier caso, el desorden social ocasionado por la guerra constante en varios frentes difícilmente conduzca a la acumulación del capital.

Un problema todavía más básico es que el objeto de la fuerza militar no es algo tan claro y definido como capturar algún territorio identificable o derrotar a algún rival en particular. ¿Cuál es la función de la fuerza militar en el control de un sistema de múltiples Estados que se supone que están manteniendo el orden en una economía global? ¿Cómo mantener a esos

Estados en línea sin negarles la capacidad de hacer su trabajo para el capital global?

De hecho, la situación es aún más complicada. La competencia capitalista es un asunto bastante más complicado que una rivalidad directa de suma cero sobre territorios coloniales. Las principales potencias capitalistas hoy tienen poca probabilidad de ir a una guerra entre ellas, aunque sea porque, a pesar de cuán dañadas estén sus economías por la competencia, se necesitan unas a otras como mercados y fuentes de capital.

Así que la hegemonía imperial en el mundo del capital global depende de controlar a los competidores sin ir a la guerra con ellos.

Pienso que lo que estamos viendo ahora en el régimen de Bush es una respuesta a estas contradicciones. La doctrina Bush es una doctrina de guerra de final abierto, guerra sin objetivos específicos y sin límites en el espacio y el tiempo. Como dije antes, no negaría ciertamente que esta administración es realmente loca y temeraria en la implementación de esta doctrina, y que posiblemente al final termine conduciendo a una auto-derrota.

Pero aún si consideramos que la doctrina del régimen de Bush ha llevado a la doctrina militar de EE.UU. a nuevos e insostenibles extremos, es difícil imaginar una doctrina muy diferente que fuera apropiada para el proyecto de hegemonía imperial en este tipo de mundo. El extremismo de la actual administración puede estar socavando su propio proyecto; pero la doctrina de la guerra sin fin, en propósitos o en tiempo, no es realmente nueva.

Por esa razón, es difícil imaginar qué otro tipo de doctrina militar podría sustentar la hegemonía del capital global de EE.UU. en una economía global administrada por muchos Estados locales. Y las administraciones anteriores a Bush realmente no ofrecieron algo muy diferente. Pensemos solamente en la manera en que la más benigna administración Clinton amplió los horizontes de la guerra con su llamada guerra "humanitaria".

Cualquier proyecto de hegemonía imperial en un sistema global administrado por múltiples Estados necesitará poderío militar para desempeñar una variedad de funciones diferentes, ninguna de las cuales son claramente definidas y autolimitadas. Las tareas de la fuerza militar en un proyecto como este probablemente sean de final abierto, sin objetivos específicos, sin final del juego o estrategia de retirada.

Seguro, hay objetivos obvios, como el control de los abastecimientos de petróleo o el cambio de régimen para instalar un poder estatal obediente. Pero estas metas relativamente bien definidas son, si pensamos en ellas, sólo una pequeña parte de lo que se necesita hacer para sustentar este tipo de

hegemonía global. Por algo es que hay relativamente pocos candidatos serios para el cambio de régimen por medio de la guerra.

No sólo estoy hablando de los peligros para los Estados Unidos y sus aliados de enfrentarse a un adversario realmente riesgoso como Corea del Norte, más que a un peligro superficial, como Irak. También estoy hablando de los problemas de invadir ciertos otros países que, desde el punto de vista norteamericano, han tomado un curso errado, no estados fallidos o estados bellacos, sino lo que podríamos llamar estados más normales, convencionales.

Tomemos el caso de Brasil, por ejemplo. Supongamos que Lula, en lugar de seguir los consejos de los economistas neoliberales, hubiera hecho lo que esperábamos que hiciera y diera un ejemplo a las fuerzas opositoras en todo el mundo. Los Estados Unidos no estarían muy contentos. Pero -a pesar de que se me podría probar, por supuesto, que estaba embarazosamente equivocada sobre esto- a mí me parecería completamente inconcebible que los Estados Unidos respondieran invadiendo Brasil.

Entonces: ¿qué otros objetivos de acción militar existen? El llamado "efecto demostración" es siempre, y crecientemente, una consideración principal, para mostrar al mundo que la fuerza militar de EE.UU. puede ir a todos lados en cualquier momento. Precisamente porque los Estados Unidos no pueden estar en todas partes todo el tiempo y porque no pueden establecer un sistema de Estados subordinados por medio de la guerra constante, tienen que demostrar su supremacía militar con cierta regularidad.

El efecto demostración puede ser alcanzado de mejor manera yendo a la guerra contra amenazas inexistentes, contra blancos escogidos precisamente porque no significan ninguna amenaza real, porque pueden ser derrotados fácilmente, e idealmente en lugares en los que a los Estados Unidos no les importe mucho lo que suceda con el adversario.

Eso, por ejemplo, es lo que pasó en Afganistán. Y se podría decir que es en gran parte lo que pasó en Irak también. Claro, en Irak está la cuestión del petróleo, y también la consolidación de la presencia militar de EE.UU. en la región, mientras se retira de Arabia Saudita. Pero pienso que es seguro decir que, cualesquiera sean los otros objetivos que los Estados Unidos puedan haber tenido, uno de sus principales objetivos era, en sus propias palabras, "shock y pavor" -no sólo shock y pavor para Saddam Hussein o incluso para los otros regímenes recalcitrantes de la región, a pesar de que ese fue un factor importante, especialmente en relación con Irán, sino también shock y pavor para todo el mundo, incluidos sus propios aliados.

El régimen de Bush no escogió a Irak porque representaba una amenaza

za para los Estados Unidos o sus aliados sino, por el contrario, porque no representaba una amenaza real para nada, y la llamada coalición podría infundir “shock y pavor” con poco riesgo para sí misma.

La tarea más dura, sin embargo, es mantener las relaciones hegemónicas correctas con competidores amistosos. Este problema es más difícil para los Estados Unidos que nunca antes, por dos razones principales. Por un lado, la desaparición de la Unión Soviética ha privado a occidente de un enemigo común y ha hecho más difícil alinear a los aliados de EE.UU..

Incluso después de la Segunda Guerra Mundial, cuando los Estados Unidos gozaban de una hegemonía económica bastante incuestionable, se apoyaban en alianzas dominadas por ellos como la OTAN para mantener su dominación sobre las otras potencias capitalistas. Hoy la situación es más complicada, porque la hegemonía económica de los EE.UU. no es tan incuestionable como lo era antes.

Esto significa que Estados Unidos está tendiendo a apoyarse más pesadamente que nunca en su incuestionable supremacía militar, pero lo está haciendo en un momento en que no hay ningún objetivo militar claro para perseguir y en que no existe un enemigo común obvio. Por supuesto, han tratado de reproducir los efectos de la Guerra Fría con la llamada “guerra contra el terrorismo”; pero eso no es muy convincente como una tarea para una fuerza militar masiva.

Lo mejor que ha podido hacer Estados Unidos –y el objetivo explícitamente anunciado de la Doctrina Bush– es hacer a su fuerza militar tan masiva que ningún potencial rival soñaría con desafiarlo o intentar igualarlo como potencia global o incluso regional.

La supremacía militar no puede ser suficiente hasta las últimas consecuencias –especialmente cuando la potencia dominante no puede ir a la guerra contra sus principales competidores. Pero el poderío militar masivo tiene al menos un efecto de advertencia. Entonces Estados Unidos ha hecho lo posible para evitar que sus aliados desarrollen fuerzas militares independientes.

Los aliados sin duda estuvieron contentos de dejar que los Estados Unidos sean la policía del mundo para el capital global. Pero todo lo que escuchamos frecuentemente sobre el fracaso de Europa para hacer su trabajo en la alianza disfraza el hecho de que los Estados Unidos hubieran preferido que los aliados se mantuvieran en su lugar, y han hecho todo lo posible para asegurarse de eso.

Cuando Estados Unidos alienta algún tipo de reforma militar en Europa, está diseñada para mantener su supremacía intacta –por ejemplo, la

“modernización” de la OTAN, que tendría el efecto de mantener a las fuerzas europeas aún más dependientes de los sistemas técnicos y de comunicación norteamericanos, para que fuera de la alianza sólo puedan operar de una manera degradada. Al final, ¿qué posibilidad o incentivo hay para tratar de igualar la siempre más cara fuerza militar de los Estados Unidos?

Esa es la mala noticia. Estoy segura de que ninguno de ustedes necesita que lo convenzan de que esta estrategia representa un enorme peligro para el mundo entero. El proyecto de hegemonía global norteamericano está impulsándolo constantemente a revolucionar los instrumentos de la guerra, y estos instrumentos son inservibles si no son testeados y usados.

Pero también hay buenas noticias. Déjenme plantearlo de esta manera. Supongamos que fuera verdad que la economía global significa la creciente irrelevancia de los Estados territoriales. Supongamos, por ejemplo, que Hardt y Negri tienen razón sobre la emergencia de un nuevo tipo de “soberanía” que está desplazando al Estado. ¿Cuáles serían las implicaciones políticas?

Bueno, Hardt y Negri mismos nos dicen bastante claramente cuáles son esas implicaciones –y tengo que admitir que en este punto al menos tienen razón. Aquí está lo que dicen sobre las implicaciones de un mundo en el cual no hay, según sus palabras, “lugar de poder”, un mundo en el que Imperio es un “no-lugar”:

“La idea de contrapoder y la idea de resistencia contra la soberanía moderna en general, se vuelve así menos y menos posible.... Tendría que encontrarse un nuevo tipo de resistencia que fuera adecuada a las dimensiones de la nueva soberanía.... Hoy, también, podemos ver que las formas tradicionales de resistencia, como las organizaciones institucionales de trabajadores desarrolladas durante la mayor parte de los siglos diecinueve y veinte, han comenzado a perder su poder” (p. 308).

Pensemos cuidadosamente en lo que esto significa. No hay, sugieren ellos, concentración identificable de poder capitalista en el Imperio global de hoy. Esto significa que tampoco es posible un contrapoder. Sobre todo, las luchas políticas en general, y los partidos de la clase obrera en particular, ahora son una irrelevancia.

Hardt y Negri también son muy críticos de las fuerzas opositoras que se concentran en luchas locales y nacionales, que también son consideradas irrelevantes. Entonces, ¿qué clase de resistencia es posible? Desafío a cualquiera a zambullirse en todo el libro de Hardt y Negri y encontrar algo que cuente de manera convincente como una oposición efectiva.

Lo que tenemos es una charla casi mística sobre cómo un Imperio que

está en todas partes y en ningún lado puede ser atacado en cualquier punto —en gran parte cambiando subjetividades. Muchas personas han leído este libro como un manifiesto optimista para el movimiento anticapitalista. Pero para mí es menos convincente como un manifiesto para una nueva estrategia anticapitalista que como un argumento derrotista de la imposibilidad de oposición.

Mi punto es que la primera premisa de ese derrotismo está errada. Estoy de acuerdo en que, si el Imperio realmente fuera un no-lugar, en todos lados y en ninguna parte, el juego estaría terminado para nosotros los socialistas. Pero lo que estoy discutiendo aquí es que ese imperio es un “lugar” como siempre lo fue, que hay concentraciones realmente visibles de poder capitalista, que el Estado es ahora más que nunca un punto de concentración de poder capitalista, y que ese contrapoder no sólo es posible sino necesario.

El principal lugar de poder capitalista es, por supuesto, Estados Unidos. Pero que lo que estuve tratando de sugerir aquí es que este poder imperial no sólo depende de su propio Estado doméstico, sino de todo el sistema global de múltiples Estados. Eso significa que cada uno de esos Estados es un ámbito de lucha y un potencial contrapoder.

No es necesario decir que las luchas en el corazón del imperio tendrían el mayor efecto. Pero cada Estado del que depende el capital global es un blanco importante para sus propias fuerzas opositoras y para la solidaridad internacional. Protestas contra las cumbres de la Organización Mundial del Comercio o el G8 pueden sin duda cambiar el clima político. Pero al final, no sustituyen a la oposición políticamente organizada al poder del capital organizado en Estados-naciones.

La lucha política organizada puede parecer más difícil de alcanzar que el tipo de oposición simbólica que ni siquiera se considera como un contrapoder. Pero negar la importancia, hasta la posibilidad, de ese tipo de lucha política me parece una conclusión muy pesimista.

Esa conclusión efectivamente significa que el capital global no ofrece blancos visibles ni posibilidades reales de lucha. Significa que no hay mucho más que hacer que resignarse a la realidad del capitalismo y, a lo mejor, negar el sistema en nuestros corazones. Bueno, yo simplemente no lo creo.